



MIS TRES CAÍDAS

HISTORIA DE AMOR DE UN EMPRESARIO

Antonio Macías Sánchez

MIS TRES CAÍDAS

HISTORIA DE AMOR DE UN EMPRESARIO



Primera edición: mayo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Macías Sánchez

ISBN: 978-84-10253-68-1

ISBN digital: 978-84-10253-69-8

Depósito legal: M-12746-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi esposa Barbi, mi compañera, mi confidente, por tu ayuda constante, por tu complicidad, por tu alegre presencia, juntos hacemos que cada instante sea especial e inolvidable. Nuestro amor es eterno.
Tu esposa.

A mi querido hijo Marco Antonio, por ser parte de mi vida, por tu creatividad. Deseo que encuentres la felicidad en cada paso que des.
Gracias a ti y a Sandra, mi nuera, por darme la posibilidad de disfrutar tanto de mis tres nietos, Martina, Mauro y Miranda.
¡¡¡Siempre estaré a tu lado!!!
Tu padre

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
MIS PRIMEROS CINCO AÑOS	17
DESDE LOS SEIS A LOS CATORCE.....	25
DESDE LOS CATORCE A LOS VEINTIDÓS.....	47
DESDE LOS VEINTIDÓS A LOS VEINTINUEVE	63
DESDE LOS VEINTINUEVE A LOS TREINTA Y CUATRO.....	89
DESDE LOS TREINTA Y CUATRO A LOS CUARENTA Y CINCO.....	117
DESDE LOS CUARENTA Y CINCO A LOS CINCUENTA.....	149
CRISIS DEL 2009.....	155
BESTER.....	159
MI SESENTA CUMPLEAÑOS.....	255
EPÍLOGO	265

INTRODUCCIÓN

Querido lector, una tarde, estaba reunido con amigos charlando de cosas triviales, para eso se reúnen los amigos, para hablar normalmente de cosas con poca trascendencia y así liberar la mente, descansar, reírte y disfrutar de un buen rato en compañía. En esta reunión, de pronto, uno de ellos dijo que le habría gustado tener la suficiente imaginación y constancia para escribir un libro. Tras una brevísima reflexión, salté rápidamente y dije que yo lo estaba escribiendo; me sorprendió la reacción: todos mostraron gran interés sobre lo que escribía y me preguntaron sobre qué trataba, mi respuesta fue ambigua e inconcreta. No encontré las palabras que conformaran frases con la suficiente claridad para que les atrajera la idea de leerlo. En ese momento, me di cuenta de la importancia de poder explicar con sencillez y de forma muy resumida los motivos que me llevaron a escribirlo y transmitir su contenido.

Este libro lo escribo por cuatro razones:

1.- Dejar a mis descendientes un documento escrito donde puedan conocer y recordar a sus antepasados y sus orígenes, ya que tiene un gran componente biográfico. Empiezo recordando mis primeros diez años de vida y mi dura infancia hasta llegar a la capital. Posiblemente, las páginas que me resultaron más duras de escribir, tuve momentos de felicidad y momentos de verdadera angustia al recordar algunos pasajes.

2.- Porque pienso que puede ayudar a alguien en su vida profesional conociendo mi experiencia y actitud ante las dificultades.

Prácticamente, toda una vida dedicada al emprendimiento empresarial, con miles de nóminas a tus espaldas y superando varias crisis sociales, sanitarias y económicas, combinadas con errores personales propios y ajenos, han curtido la piel de un hombre dedicado a sus proyectos y su gente.

3.- Porque me gustaría ayudar a alguna pareja para hacerles ver que la capacidad de lucha y fortaleza interior que te puede dar quien tienes a tu lado, si existe admiración y respeto mutuo, puede ser enorme. El libro también es una historia de amor, supone una recompensa a mi mujer por estar siempre ahí, y os puedo asegurar que encontraréis situaciones francamente difíciles para una mujer, y ella siempre supo mantener su sitio sacrificándose y sirviéndome de punto de apoyo y descanso del guerrero. La verdadera protagonista del libro es ella, y merecía este reconocimiento para hacer más grande, si cabe, el dicho de que al lado de todo gran hombre hay una gran mujer.

4.- La cuarta razón es felicitar y agradecer a mi hijo Marco Antonio por sus ideas y su gran capacidad de visionar el futuro. El hecho de terminar nuestra vida empresarial con éxito se lo debemos en gran parte a él.

Estas son las cuatro razones por las que me decidí escribir este libro, para contar mi vida como persona desde niño, para contar mi vida como emprendedor y para contar mi vida como hombre enamorado desde hace cincuenta años.

Encontraréis a lo largo del libro una figura principal y fundamental en todo lo que cuento, ella es Barbi, mi mujer. Desde muy pequeño, toda mi vida gira en torno a ella, no hay cosa que haga en la que no piense en ella y lo que siempre me motiva es que ella sea feliz, esté tranquila y no le falte de nada.

Mi mentalidad o forma de pensar es que, si le falta algo, debo trabajar más y ganar más para relativizar la necesidad, hasta el punto de que cualquier cosa me parezca pequeña e insignificante. Esta forma de ser siempre la relaciono con las necesidades que he visto

en mi casa de pequeño y la dificultad para llegar a fin de mes con el sueldo de mi padre.

Mi madre le tenía pánico a los últimos días del mes, miraba el almanaque contando los días que faltaban para que llegara la paga del mes. Yo, de pequeño, me juraba a mí mismo que en mi casa nunca faltaría el dinero, mi mujer nunca tendría que preocuparse del día del mes o mirar los precios para ajustarse al presupuesto. Ha sido una obsesión que me ha perseguido toda la vida.

Mi mentalidad respecto al mundo emprendedor o mundo de los negocios ha sido y sigue siendo la lucha constante y sin descanso por conseguir los objetivos. He creado un mundo imaginario de optimismo que me acompaña siempre, he cultivado hábitos e implementado rutinas.

Le he dado y doy una importancia relativa al dinero, para mí el tiempo, la gestión correcta del tiempo es fundamental, priorizar, saber reconocer la oportunidad y tomar decisiones arriesgadas a tiempo; no me doy por vencido y siempre busco la solución A, B, C, D y E para superar las dificultades. Siempre hay una alternativa, siempre hay una solución. La inconveniencia está en encontrarla.

He mantenido siempre un mismo rumbo, cuando lo he creído conveniente, he procurado no dar saltos, mantenerme en la misma dirección entendiendo que era la correcta. Mi optimismo se traduce en motivación para avanzar, me ayuda a ver y juzgar las cosas de forma positiva. Siempre hago referencias a la creatividad porque pienso que es fundamental para innovar, para romper con lo establecido, para establecer proyecciones, desarrollar nuevas ideas, administrar el tiempo, crecer.

Mi forma de ser con los demás es de máximo respeto y comprensión. No hay trabajadores malos, hay malos jefes que no saben sacar lo mejor de cada persona y situarlos adecuadamente. Cada trabajador es un activo que hay que cuidar, gestionar y valorar. La responsabilidad de todo líder es la de conocer las habilidades de su gente y saber dónde, en qué puesto las pueden desarrollar mejor. Ser buen comunicador, tener visión, pasión en lo que haces, la

paciencia, la gratitud, la humildad son valores que me han acompañado siempre.

A lo largo del libro, encontraréis multitud de pequeñas historias y anécdotas, algunas curiosas y divertidas y otras no tanto; todas reales. También encontraréis mención a los hechos históricos con especial relevancia que han ido sucediendo a lo largo de mi vida. Hechos culturales, deportivos, políticos o de otra índole que me han parecido convenientes reseñar para entender mejor el relato de mi vida en ese momento o lo que afectó en mi futuro. Lógicamente, he omitido algunos nombres por respeto o he cambiado algún pequeño detalle para evitar heridas. He intentado siempre ser fiel con los hechos y tratar de narrarlos tal y como ocurrieron.

No quiero terminar esta introducción sin el agradecimiento a las personas que, sin saberlo, me han ayudado a escribir este libro. Una vez me contaron que hay que compartir con los demás aquello que quieres cumplir, pero que puede resultar difícil conseguirlo; por ejemplo, si te quieres quitar del tabaco, lo que tienes que hacer es comentarlo con todo el que te rodee, con el objetivo de conseguir dos cosas: una, que te vayas convenciendo tú mismo y, otra, que asumas un cierto compromiso con los demás. Esto es lo que he hecho en los últimos meses, compartir con mucha gente que estaba escribiendo un libro, y eso me ha ayudado muchísimo para continuar y cumplir con mi sueño.

También quiero mostrar mi gratitud a todas aquellas personas que, en algún momento, han formado parte de mi vida compartiendo momentos inolvidables o me han servido de ejemplo y admiración. Aquellos que me han dado su apoyo incondicional, con los que he vivido aventuras y desafíos. Aquellos que me tendieron su mano y me dieron palabras de aliento cuando lo necesitaba.

Mi mayor agradecimiento a ti, Barbi, por haber conseguido que nunca me sintiera solo, a pesar de la distancia y mis ausencias, por tu amor y por quererme tal y como soy, por compartir conmigo tu vida, por crear una familia, hogares tan mágicos y acogedores, y darme un hijo tan maravilloso.

Te quiero tanto...

Espero que os divirtáis mucho con la lectura de este libro y que os ayude en algo, por pequeño que sea.

MIS PRIMEROS CINCO AÑOS

Mi nombre es Antonio, como mi abuelo materno, al que siempre me han dicho que me parezco mucho, no tanto en el físico como en la forma de ser. Mis recuerdos sobre él son escasos, ya que falleció siendo yo muy pequeño, tendría unos seis o siete años. Mi padre se llamaba Manuel y mi madre Ángeles; en el momento que empiezo a escribir este libro, los dos han fallecido. Soy el cuarto de los siete hermanos que logramos sobrevivir (Ángeles, Manuel, Rosalía, Antonio, Guadalupe, Ani y Fernando), y el séptimo de once, contando los que fallecieron antes de nacer, en el parto o a muy corta edad.

Nací en un pueblo pequeño llamado Los Rosales, perteneciente al municipio de Tocina, provincia de Sevilla, al sur de España, en la calle San Isidro; el número de la calle nunca lo supe con seguridad, era una casa que alquiló mi abuelo. Mi madre siempre contaba que nací con cinco kilos y que fue todo el pueblo a verme. Me bautizó el padre don Manuel Marroco en la Parroquia Nuestra Señora de Fátima. En esta casa, viví muy poco tiempo, solo unos pocos meses, ya que mi abuelo, utilizando sus influencias, consiguió colocar a mi padre en la Renfe (Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles).

El nuevo puesto de trabajo nos trasladó a unos ocho kilómetros del pueblo, a un lugar llamado El Cerrado (Cantillana), este es su nombre oficial, aunque popularmente lo llamamos el *serráo*. Allí vivimos unos cinco años, a pocos metros del paso a nivel con barrera; me explico, la casa estaba situada junto al cruce de una carre-

tera (La Monta–El Cerrado) con una vía ferroviaria (Sevilla–Los Rosales) que estaba a la misma altura, había una barrera a ambos lados de la vía que, si la bajabas, impedía y prohibía traspasar las vías del tren.

Mi padre era el responsable, tanto de día como de noche, de cerrar manualmente las barreras cuando un teléfono sonaba avisando la llegada de un tren. A esta profesión se le llamaba Guardabarreras.

El matrimonio de mis padres merece la pena que lo conozcáis y os lo voy a contar brevemente.

Mi madre era la mayor de cinco hermanos, y, hasta la boda con mi padre, su vida había transcurrido con todas las comodidades que se podían tener en esos tiempos, ya que mi abuelo Antonio, a pesar de la dura vida que tuvo desde su nacimiento, aprendió a leer y escribir por su cuenta y, con su espíritu empresarial y de lucha, consiguió salir adelante como empresario de éxito. Abrió junto a la estación de tren, en el pueblo de Tocina, la casa de huéspedes o fonda, como se le llamaba, y una cafetería. Además, era propietario de la chatarrería del pueblo, negocio muy lucrativo en aquellos tiempos y, por si fuera poco, no dejó nunca su afición como tratante de ganado.

Mi abuelo Antonio tendría unos cuarenta años cuando, al regresar de la celebración anual de la feria del ganado en Sevilla y habiendo hecho un gran trato que le reportó excelentes beneficios, se apresuró al bajarse del tren y tuvo la mala suerte de resbalar y caer a las vías del tren cuando este aún estaba en marcha, con la desgraciada consecuencia de sufrir un corte del pie izquierdo que lo obligó a ir en compañía de dos muletas el resto de sus días. Este lamentable hecho condicionó su vida y la de toda su familia, pasando de ser una familia acomodada a terminar, unos veinte años después, con su fortuna lapidada. Sus hijos, nacidos todos en una casa sin necesidades para la época y criados con tatas, no supieron mantener los negocios de su padre, haciendo bueno el refrán la riqueza es madre de la pereza y confirmando la famosa frase del

filósofo romano Lucio Séneca: «No sirve de nada la desgracia a aquellos que no aprenden en ella».

Los últimos años de su vida, los pasó como vendedor en un puesto de chucherías en la estación de autobuses de Coca de la Piñera, un pueblo cercano a la ciudad de Sevilla.

Mi abuelo falleció con sesenta años de un infarto mientras dormía, la forma ideada para recompensar a los guerreros.

Mi madre, la riquita del pueblo, va y se enamora de un hombre muy apuesto, pero, eso sí, el más pobre del pueblo. Os podéis imaginar la situación de los padres de mi madre, con los comentarios de un auténtico escándalo. Intentaron sin éxito por todos los medios que la boda nunca ocurriera.

Mi madre contrarrestaba a sus padres recordándoles que, a pesar de haber tenido cinco hijos y llevar una vida sin necesidades, nunca habían sido felices por haberse casado sin haberse conocido antes y, por tanto, sin amor, y que ella estaba profundamente enamorada de su futuro. Mis abuelos, nos contaba mi madre, eran los dos bastardos nacidos de relaciones con sacerdotes, o sea, eran hijos de curas criados por terratenientes; mi abuelo de un pueblo vecino al nuestro y mi abuela de otro sacerdote de un pueblecito gallego. Las dos familias de terratenientes pactaron la boda de los chicos sin haberse visto antes.

Para mi abuelo, era angustiante ver a su hija casada con un hombre con una dudosa fama en el pueblo por ser el protagonista del escandaloso hecho de haber dejado, con anterioridad al noviazgo con mi madre, plantada en el altar a su anterior novia. Mi padre siempre nos lo justificó porque había sido llevado en contra de su voluntad y arrastrado por un pacto realizado entre su madre y su amiga del alma, su futura suegra.

Le atormentaba ver a su hija el resto de su vida junto a un hombre dedicado a las labores del campo y sin estudios alguno. Mi padre no sabía leer ni escribir. Lo único que le aliviaba era lo trabajador que lo veía y lo enamorados que estaban.

Finalmente, con todo su dolor, mi abuelo dio su consentimiento, a pesar de la vida de sufrimiento y necesidad que le aventuraba a su hija mayor, su ojito derecho.

Mirando por el espejo retrovisor y haciendo un breve repaso de la vida de mi madre, realmente no sabría cómo calificarla, como una heroína, como una inconsciente, como una persona frustrada, como una persona adelantada a la época; realmente no sabría definirla con una sola frase.

Mi madre se casa, según ella muy enamorada de mi padre, pero, pasado muy poco tiempo, la dura realidad a la que se tiene que enfrentar la descoloca. Se da cuenta de lo que le espera, antes no se le había pasado por la mente, ni siquiera había imaginado que se pudiera vivir de una forma distinta a la que ella conocía. No había sido criada para soportar una vida tan distinta, una vida de tanto sacrificio. Se siente protagonista de una película basada en la desdicha, la calamidad y la infelicidad, pero ya es tarde para renunciar.

Mi madre se resigna y acepta su decisión, aunque la queja y el reproche a sí misma no cesan a lo largo de toda su vida.

Mi madre nos cría y educa de forma diferente a los demás niños, nos inculcaba lo bonito y necesario que era estudiar, tener independencia económica, ser uno mismo. Siempre muy orgullosa de su padre, nos infunde aires de grandeza y a la vez nos transmite bondad. Debíamos salir de aquel pueblo y triunfar en la vida. Hacer algo diferente a lo que allí se hacía. No le gustaba dónde vivía ni lo que veía a su alrededor. Sabía que, si permanecíamos allí, nos condenaría a ser uno más del lugar con un porvenir oscuro de pocas posibilidades.

Creo que mi madre siempre respetó a mi padre a pesar, según nos contaba ella, de no haber conocido lo que sucede en esos apenas veinte segundos de presión arterial en los que se acelera el ritmo cardíaco durante el clímax. Vamos, que se murió sin saber lo que era un orgasmo.

Mi madre siempre nos enseñó a respetar a nuestro padre, trataba de justificarlo permanentemente, nos repetía una y otra vez que era un buen padre, que trabajaba mucho, que se desvivía por nosotros. Conforme fuimos creciendo, nos dimos cuenta de que

hacía un verdadero esfuerzo para que los episodios que de vez en cuando ocurrían en casa no se tradujeran en odio hacia él.

Mis primeros cinco años de vida, los viví en aquel lugar maravilloso para cualquier niño. El *serráo* era una pequeña aldea de unas seis o siete casas muy separadas una de otra. Vivía gente que cuidaba las tierras de los grandes terratenientes de la época. Gente sencilla y trabajadora y, sobre todo, unida a sus vecinos; era como una gran familia compuesta por varias familias que se apoyaban intercambiando no solo alimentos, sino también ropa que pasaba de unos a otros como hermanos. Quiero imaginar que el reparto de actividades estaba coordinado por las reuniones diarias que tenían los cabezas de familia en torno a la candela y con la botella de vino sobre la mesa, eso en invierno y bajo un chopo enorme durante el verano.

Estas reuniones de hombres se producían diariamente después de una dura jornada de trabajo y duraban hasta casi perder el conocimiento, pero no la orientación, ya que cada uno encontraba el camino hasta su cama. En ellas, acordaban qué cultivar en sus pequeños huertos y qué animales criar para después intercambiarlos entre ellos.

Todo encajaba, criaban pollos, conejos, cerdos, algunas vacas y cabras, cultivaban hortalizas, verduras y frutales. No faltaba de nada en las casas. Las matanzas eran horribles para los niños, ya que, durante todo el año, eran los niños de mediana edad los que alimentaban a los animales y después veían cómo los mayores los sacrificaban; eran días de llantos e incompreensión. Años después, supe que a aquella forma sedentaria de vivir con excedentes de producción que se intercambiaban se le llama trueque.

No se me puede olvidar el arroyo. El *serráo* tenía una pequeña pendiente hacia abajo, desde mi casa hasta un precioso arroyo, ahora de mayor y gracias a Google sé que se llama arroyo de Coganche.

En verano, los niños pasábamos más tiempo en el arroyo que en nuestras casas, todo el día bañándonos y haciendo bolas de trozos de ladrillos de arena y arcilla arrancados al puente por el que pasaba el tren.

Recuerdo los paseos sin prisas de una extraordinaria belleza a mi alrededor, la arboleda, las vías del tren, el puente, el arroyo, el ruido de los animales de corral, el ladrido de los perros, el mugido de las vacas, espléndida simbiosis de la naturaleza y el hombre.

A finales del verano, recuerdo que, al atardecer, empezaban a llegar desconocidos; sobre todo, hombres. Esta gente solía estar un par de meses en la aldea y eran acogidos por los vecinos que les daban cobijo en sus casas como podían, en cuadras, trasteros o chozas. Esta gente eran cuadrillas de temporeros o jornaleros algodoneros procedentes de otros pueblos contratados para la recogida del algodón a jornal. Llegaban con lo puesto y carecían de todo, no tenían las mínimas condiciones de higiene o seguridad y sin servicios médicos que los atendieran.

En el *serrío*, había una amplia zona asilvestrada, al otro lado de la vía, que conectaba con la carretera que te lleva a Los Rosales; este campo estaba repleto de zarzamoras, un arbusto espinoso que da como fruto moras rojas y moras negras en la época otoñal. A los niños nos encantaba correr el riesgo de atravesar las vías y pasar horas comiendo moras. Más de un disgusto le dimos a nuestras madres con estas fechorías.

Para ir al colegio, los pocos que estaban escolarizados tenían que andar los ocho kilómetros hasta el pueblo. El número de faltas era enorme, bien por enfermedad o porque tenías que ayudar en la recogida de cosechas o quedarte a cuidar los hermanos pequeños por algún motivo; en definitiva, que la educación estaba en un segundo plano para los jóvenes.

A pesar de todo, por muy dura que parezca la vida en el *Serrío*, mis recuerdos de aquellos años son maravillosos. Recuerdo las noches de invierno todos mis hermanos y mis padres en torno a la chimenea «descascabullando» los capullos de algodón que no habían abierto en la mata, metíamos el algodón en sacos de esparto y los cascabullos vacíos los echábamos a la chimenea. Repetíamos las historias que contaban los jornaleros y nos reíamos mucho. Durante las noches calurosas del verano, nos quedábamos dormidos

todos pegados echados en unas mantas bajo los árboles junto a la casa componiendo una imagen angelical.

Las carreras diarias hasta el arroyo, los atracones en la zarzamora, el olor a calostro de vaca recién parida, las matanzas, las tostadas al amanecer con los jornaleros, las horas de charlas, el sonido del teléfono de madrugada, el ruido de los trenes al pasar, los cantares de mi madre; todo, todo, para mí supone unos recuerdos entrañables llenos de amor y añoranza.

